

Primer Premio Redacción Estudiantes

Los mineros del Soplao

Como cada año, decidimos dónde queríamos ir de vacaciones. Este año lo teníamos muy claro, queramos ir al norte, a Cantabria, y queríamos visitar los picos de Europa, Potes y, lo mejor para mí, las Cuevas del Soplao.

Estuvimos visitando lugares distintos, disfrutábamos de la gastronomía y de la gente de cada lugar.

Llegó el día que íbamos a las minas. Al llegar, estaba todo muy organizado. Para pasar debíamos formar grupos de 10/12 personas, así que nos pusieron con otra familia de 4 y dos chicas jóvenes.

Mi padre nos dijo que cogió la opción de hacer la visita de aventura. A mi hermana y a mí nos hizo gracia porque creíamos que exageraba y que tampoco iba a ser para tanto, pero nos equivocamos.

La organización de las minas nos equipó a cada uno con un buzo, un casco con linterna, unas botas de goma y guantes. Cómo nos reíamos, mi hermana y yo, de las pintas, ella quejándose del casco que no quería ponerse y yo del calor que me daban los guantes, hasta que mi padre nos pidió que dejáramos de quejarnos, así que nos tuvimos que aguantar.

Se presentó quien iba ser nuestro guía. Se llamaba Juan, quien hizo nuestra experiencia tan increíble y nos hizo valorar a los mineros y a su sacrificio.

Fuimos viendo galerías impresionantes, a cual más maravillosa. Había más de 30 kilómetros de galerías, en las cuales encontramos techos impresionantes repletos de estalagmitas blancas.

Andábamos por terrenos algo inhóspitos producidos por la humedad, por las filtraciones de agua.

Mi hermana y yo íbamos hablando de todo lo que íbamos viendo y escuchando lo que el guía estaba diciendo. Sin darnos cuenta, dejamos de escuchar-

lo y nos despistamos de nuestro grupo. No podíamos crearlo, así que fuimos intuyendo por donde podían haber pasado y seguimos hacia delante, pero nos encontramos que no quedaba camino y vimos que teníamos que agacharnos para entrar en otra galería a través de un túnel. En ese momento, mi hermana dio las gracias por el casco y yo por los guantes, y sobre todo por la linterna, ya que no podíamos ver nada.

Al pasar por ese pequeño túnel, vimos a lo lejos luz. Entonces decidimos seguir esa línea. Al ver que no se movían, nos dimos cuenta que era una lámpara colgada en una roca.

Nos preguntamos cómo los mineros podían orientarse solo con la luz de la linterna, pues antes tenían transformadores eléctricos y ahora usaban suministros de energía.

Al llegar a la luz, nos dimos cuenta que era una galería que estaban adaptando al público. Entonces escuchamos nuestros nombres algo lejos, pero reconocimos la voz. Era Juan, que nos fue pidiendo que explicáramos lo que estábamos viendo. Le explicamos que habíamos llegado a través de un túnel muy oscuro, que creíamos que estábamos en una galería que no había sido abierta al público porque ahí no se podía andar, porque en ese lado de la cueva, para poder cruzar, teníamos que pasar por grandes charcos de agua y el techo era cada vez más bajo.

Nos dijo que en el otro lado había un tipo de escalones, que teníamos que subir por allí, así que lo hicimos.

Por el camino nos encontramos una especie de lavaderos, pero lo que más nos llamó la atención fue por dónde teníamos que subir. Pensamos que debía ser la zona del horno de calcinación, donde Juan había estado explicando que antaño se llevaba a

cabo el proceso de tostación para eliminar los sulfatos y compuestos del azufre.

A llegar arriba pensamos que habíamos llegado, pero no fue así. Mi hermana se quejaba del frío que sentía y que la humedad le llegaba a los huesos. La verdad que tenía razón, pero dentro de lo que cabe nosotras estábamos perdidas pero con seguridad, y solo debíamos encontrar el camino de vuelta.

No tenía nada que ver con los mineros que durante días trabajaban sin parar bajo tierra y sin descansos con los equipos mínimos de protección. Nosotras no teníamos problemas para respirar, mientras que los mineros estaban sobreexpuestos al polvo del carbón explosivo que se crea durante el proceso de explotación, pero, como nos dijo Juan, ahora agregan polvo de caliza pulverizada que puede prevenir la dispersión de las explosiones de polvo de carbón.

Al subir por esas escaleras, llegamos a la galería más bonita de todas las que habíamos visto. Los techos parecían que lloraban, con sus estalactitas, y el suelo parecía que quería consolarla, con sus estalagmitas. Había columnas y banderas.

No tengo muy claro si fue por el ambiente que nos rodeaba, con las luces y los sonidos, que hizo creer que estábamos en el mismísimo centro de la tierra, y nos reencontramos con el grupo.

Después de nuestra verdadera aventura particular nos tocaba volver, así que el guía nos llevó a coger un trenecillo de las minas, recreado perfectamente como los que se utilizaban para acceder a las galerías.

Nos explicó, como última charla, lo que los mineros denominaban Soplao, y eran a las cavidades artísticas que cortaban en sus trabajos y que creaban fuertes corrientes de aire. Es decir, cuando un minero pica una roca y sale esa primera bocanada de aire, eso es a lo que denominan el Soplao.

Llegamos con nuestros padres, quienes nos querían matar por el susto, pero debíamos reconocer que la visita fue increíble.

Ruth García Raser

16 años

INSTITUT RIBERA BAIXA

El Prat de Llobregat (Barcelona)

